

Santiago Chamizo dejó Bellas Artes en cuarto de carrera y empezó a trabajar en la carnicería del MAS de la calle José Fariña. En su habitación, sobre la cabecera, colgaba un póster del clásico de cine gore *Premutos*, en la versión italiana. En su biblioteca, directamente apilados en el suelo, los títulos contenían mayoritariamente las palabras *desmembramiento*, *viscera*, *sangre*, *mutilación* o *desparramada*.

Santiago tenía problemas para conciliar el sueño. Si el Trankimazin con vodka no le hacía efecto en media hora, se abrazaba a la almohada y empezaba a contar corderos. Los tres primeros saltaban la pequeña verja como ángeles florentinos, el cuarto tropezaba levemente con el remate de la rejería y rodaba tronzado por el suelo. El quinto y el sexto lo encontraban por sorpresa y lo destripaban en mitad de un balido ronco. El séptimo cordero saltaba bajo y rajaba su vientre con el pico oxidado de una de las varillas. El octavo, el noveno y el décimo se destrozaban también contra el amasijo de tripas y lana ensangrentada.

Cuando la sangre manaba como un arroyo gongorino, Santiago tomaba el sueño y dormía toda la noche como un bendito.

Buzos que se ahogan en el mar

uno

Este turbión largo y pleno de natas agrias
termina manso y amigo,
ajeno al trueque de los felices,
que van y vienen sin llanto
ni días negros
ni espanto.

Este turbión torpe y dolorido
acaba niño y castrado,
ajeno al bis de los invencionistas,
que vamos con mundos nuestros,
gachos sin ver el otro.

Masturbando a Pinocho con su mano,
para que arda,
matando al Príncipe,
para que la durmiente
duerma siempre, siempre,
soñando nieves negras
que den manantiales negros,
sacando a pasear al caniche de Dios.

Y abandonándolo en una gasolinera.

Comprar dos *tickets* para una de miedo.

Invitando a tu enemigo.

Con marcapasos.

Soñando primaveras, para cuando la espalda duele.

Inventando.